

HOMBRES ÚTILES. ORFILA

José Muñoz Gaviria*

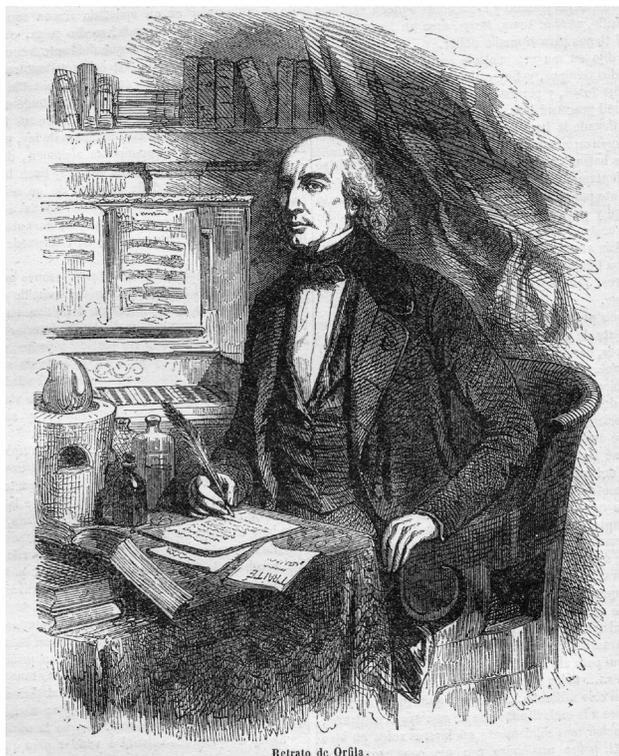


Fig. 23. Retrato de Orfila, p. 88.

En una de las noches de invierno, hace algunos años, se hallaba reunida la más elegante y distinguida sociedad de París en casa del conde de Balk. Habían concurrido allí los *dilettanti* más célebres y las notabilidades de la ópera italiana. Notábase allí un joven de expresiva y noble fisonomía que excitaba y atraía a sí todas las simpatías.

—¿Quién es ese personaje? —preguntó a sus amigos monsieur Champein.

* Muñoz Gaviria, José, «Orfila», *Museo de las Familias*, XIV (1856), pp. 88-92. Ils. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002559844&search=&lang=es>
Encontramos el mismo artículo publicado en José Muñoz Gaviria, «Don Mateo José Buenaventura Orfila», *Escenas contemporáneas: Revista política, parlamentaria, biográfica, necrológica, científica, literaria y artística*, III (1858), pp. 447-457.

—Es un español protegido por el conde, estudiante en París, y la organización musical más hermosa que he conocido. [...]

Se escuchó una fantasía de Creutzer que obtuvo un éxito de grande entusiasmo... Pero el amigo no oía más que con un oído no apartando los ojos del español, proponiéndose dar con él una buena lección a su amigo.

Prevenido por Champein, el conde de Balk dijo una palabra al oído del joven desconocido y este, sin más ceremonias y sin hacerse de rogar, se puso a cantar uno de los trozos más difíciles y más admirados del *Matrimonio secreto*.

Fue un verdadero golpe teatral. Voz, método, ligereza, fuerza, gracia, elegancia, adornos, expresión, todo era perfecto, maravilloso, increíble en el ejecutante. Nunca la suave melodía de Cimarosa se había visto más dulcemente interpretada... Jamás la música en sí misma había producido nada más delicioso, más simpático, más encantador. [...]

Todos los que han oído a Orfila en sus salas, antecámara de los teatros líricos, saben que no hay exageración en lo que acabamos de contar. El ilustre decano de la Facultad de Medicina era realmente el más admirable cantante de su época. A los sesenta y seis años poseía todavía la frescura de su voz y todas las perfecciones del método, como conservaba en la cátedra, y con la pluma en la mano, todo el penetrante encanto de su elocuencia, todo el vigor de su feliz inteligencia.

La vida de Orfila es una verdadera novela, tantas son las peripecias por que pasa. Orfila es a la vez un sabio de primer orden, un hábil administrador, un orador completo, un hombre de mundo ejemplar y el primer cantor de su época.

Don Mateo José Buenaventura Orfila nació en Mahón, isla de Menorca, el 24 de abril de 1787, de una familia de modestos comerciantes que hubieran podido envanecerse de su nobleza, porque uno de sus abuelos había figurado en el siglo XIV en los consejos del rey y dotado a su ciudad natal de un hospicio y de un convento. El padre del químico a los quince años le lanzó sobre un buque de cabotaje como segundo piloto, pero a su vuelta confió su instrucción a un padre franciscano que le enseñó un poco de griego, de latín y mucha escolástica; y como Gil Blas en Oviedo, hizo de él el primer ergotista y disputador de Menorca. Sostuvo unas conclusiones públicas de tres horas en la iglesia de San Juan. Conociendo Orfila con su gran talento que no sabía nada, y arrastrado violentamente a la ciencia, fue a estudiar a Valencia la medicina, obteniendo en sus cátedras los primeros premios de física y química.

Al mismo tiempo cultivaba las matemáticas. Hemos dicho mal: ¡las enseñaba a dos muchachos que fueron sus discípulos! Aprendía el francés con un gascón y el inglés con un irlandés. Viendo a su maestro de química cien años atrasado compró los libros de Lavoisier y de Fourcroy, renunciando a la enseñanza oficial, convirtiendo su cuarto en un laboratorio, donde trabajaba con tal afán y tesón que aun a las altas horas de la noche se veía brillar todavía la pálida luz de su velón. Dormía muy poco. Después de un examen de dos horas en donde instruyó y asombró a sus jueces, lo denunciaron al inquisidor de Valencia porque suponían que había manifestado que el mundo era más antiguo que lo que decía el Génesis. Llamóle el inquisidor y le preguntó. El discípulo concilió tan elocuentemente su doctrina geológica con la Escritura Santa que el inquisidor le dijo con bondad:

—Han delatado a usted; pero usted me ha convencido: vaya con Dios y sea el honor de la España, y sepa que el Santo Oficio no es tan bárbaro como cuentan.

Desde Valencia Orfila pasó a Barcelona, donde su Junta de Comercio le envió a Francia con cuatro mil cuatrocientos reales. En el camino encontró Orfila un amigo que le pidió prestados cuatro mil reales. Olvidó volvérselos y se encontró desembarcado en París con dos reales o cincuenta céntimos. Un tío suyo de Marsella le envió dos mil reales: la Junta de Comercio le había señalado una pensión de seis mil reales hasta la guerra. El 27 de diciembre de 1811 recibió el doctorado. Suprimidos los socorros de su familia, la pensión le había sido también suprimida por la Junta mucho antes; su padre manda a su hijo que vuelva a Mahón, y este le responde... ¿Cómo? Abriendo en el mismo París, en su casa, un curso libre de química. [...]

Sin embargo, Orfila sentía latir en su pecho un corazón todo español; sentía hervir en su cabeza los grandes proyectos que habían de asegurarle la inmortalidad y hacer progresar tanto las ciencias. Propuso, pues, a la Junta de Comercio de Barcelona ir a fundar en aquella ciudad una cátedra, y al rey Fernando VII también le propuso organizar la ciencia en España. La Junta de Comercio y el rey le dieron las gracias, dejándole así la libertad de consagrar su genio a la Francia.

¡Qué desgracia la de esta nación que, cuando produce un genio, ella misma lo arroja de sí y lo deja para que se aprovechen de sus talentos y de sus luces las naciones extranjeras!

Se conoce la rapidez y el brillo de su carrera en París. Sucesivamente médico de un cuartel de París por Luis XVIII en 1816, profesor de medicina legal en 1819, miembro de la Academia en 1820, trasladado a la cátedra de química en 1823, que no ha abandonado sino pocos días antes de su muerte, el viernes 4 de marzo del año 1853, después de una admirable lección sobre la potasa y sosa en presencia de todo el personal de la facultad, en el inmenso anfiteatro de la Escuela de Medicina. ¡Aquella lección fue el último canto del cisne de Mahón!

Como decano de la Escuela de Medicina, Orfila ha sido vivamente atacado. ¿No había de tener enemigos en un país tan grande como la Francia un español, un extranjero y un hombre tan eminente como Orfila? Hoy que la muerte lo ha arrebatado a las ciencias, se conocen los progresos que se deben a su audacia administrativa: el jardín de la facultad, la clínica agrandada, el museo Dupuytren, el museo anatómico y otras muchas cosas más. [...]

Ha legado también a la ciencia su cuerpo, entregado al escalpelo de sus discípulos por su voluntad suprema.

En la facultad, en el consejo general, en los hospitales, en la universidad, en todas partes, en fin, le citan, y las ideas que iniciaba, según el inflexible rigor de su lógica y elocuencia irresistible, recuerdan el inmenso vacío que con su muerte ha dejado Orfila.

Aún se recuerda y recordará por mucho tiempo en la Europa el papel providencial que este gran químico legal hizo en los procesos de envenenamiento. Aquel papel tenía tanto más efecto sobre el público cuanto que el actor aparecía bajo la doble faz terrible y encantadora del inquisidor y el hombre de mundo, del alquimista y del barítono. [...]

Los primeros conocimientos de la música los debió Orfila a un fraile franciscano que se los enseñó a fuerza de palmetazos, de manera que tomó un grande horror al arte que después fue el encanto y las delicias de su vida. [...]

Orfila cayó enfermo con una aguda pulmonía el 5 de septiembre de 1853. A los siete días se había apagado ya en el sepulcro aquella sublime inteligencia.

En el patio de la Escuela de Medicina admira el viajero una magnífica estatua de bronce que la Francia ha levantado al grande químico español.

Orfila había vuelto a España en 1850. Fue acogido por todas las personas notables de Madrid, por todos los amantes de las ciencias, como una de las glorias de España. El que escribe estos renglones tuvo el honor de que honrara la mesa de su padre en compañía de los distinguidos médicos españoles Corral, Sánchez y Martínez Gil. El Gobierno español, que muchos años antes le había dejado que fuese a llevar sus luces y su gloria a una nación extranjera, no tuvo demostración alguna para este sabio, orgullo de la España. Este país, que tiene grandezas de España y grandes cruces en abundancia para premiar cualquier acontecimiento, no tuvo un título, no tuvo una gran cruz para el hombre cuya fama será imperecedera mientras el saber exista en el mundo. Verdad es que Orfila llevaba en sí la más alta distinción, la que únicamente puede conceder Dios a los mortales: la sabiduría. [...]

Podrían aplicarse a Orfila con respecto a su patria aquellas palabras del Evangelista: vivió en medio de los suyos, y los suyos no lo conocieron. [...]